

ANTROPOLOGÍA DE LA PRAXIS MÉDICA

La acción, eficaz o ineficaz, está cargada siempre de consecuencias. No hay ninguna que no deje secuelas y hasta las inapreciables desencadenan a veces sucesos portentosos. El leve aleteo de una mariposa en un extremo del mundo puede causar tempestades en el extremo contrario. “Efecto mariposa” llaman los estudiosos del caos a la sorprendente cadena de flujos. Algo insignificante al principio puede tener resultados asombrosos al final. Este rasgo de la acción es más intenso aún en la humana. La acción humana es, sin parangón, fértil de consecuencias. Tiene en todos los casos un doble efecto: sobre el mundo exterior y sobre el que la realiza. Cuando miento, no sólo empuerdo el mundo de mentiras, sino que hago de mí un ser mendaz, me hago mentiroso; cuando escribo, además de enriquecer el mundo de fábulas, me convierto en escritor; y cuando el violinista, después de horas de estudio gozoso y fatigosos, interpreta una Partita de Johan Sebastian Bach, no sólo cambia el mundo haciendo que lo eterno resuene en el tiempo, sino que se cambia él: se hace un violinista virtuoso. Me hago con lo que hago, soy hijo de mis obras, soy hechura de mis actos. “Por sus obras los conoceréis”. Con mis acciones, esas gubias del carácter, labro despacio mi perfil interior. Cuando Sócrates dice “es preferible padecer injusticia que cometerla”, además de formular la esencia de la ética, expresa para siempre cómo hace la acción al que la realiza. Los demás y nosotros mismos somos, inevitablemente, beneficiarios o víctimas de nuestros actos. El rumbo del mundo, la situación de los otros y nuestra propia condición personal y técnica dependen de ellos. Son, pues, graves y hay que tomarlos en serio. El que al hacer nos hagamos da a la acción un aire serio. Si no esculpiera, como el escultor la piedra, a su autor por dentro, un hombre sin escrúpulos e indiferente a la suerte de los demás podría hacer una cosa u otra sin inmutarse. No le afectarían las consecuencias. La acción pasaría por él como la luz por el cristal: sin romperlo ni mancharlo. Hiciera lo que hiciera no se vería afectado. Quedaría, como el cristal, intacto. Sus actos no tendrían secuelas sobre él. En cierto sentido, actuaría con completa impunidad, y las acciones, vaciadas de consecuencias para el que las realiza, perderían gravedad y hondura existencial. Obrar sería un pasatiempo. Pero no lo es. No es un entretenimiento ni una diversión, porque al actuar nos la jugamos. Arriesgamos el perfil de nuestra hechura interior. Hacer una cosa u otra es una elección muy seria, pues nos va la vida en ello. Si miento, me hago mentiroso; si digo la verdad, sincero. La acción es cosa seria, como jugar con fuego, porque su efecto inmanente lo recibo yo. En cierto sentido hipoteca mi existencia. El efecto de la acción sobre el que la realiza, el inmanente, se llama virtud y vicio. Son su secuela forzosa. No puede haber otro resultado. El vicio o la virtud es el corolario necesario de nuestros actos. La seriedad de la ética se debe a este hecho: al obrar me premio o me castigo inmanentemente. Si miento me hago embustero; si digo la verdad, sincero. El premio de la acción sobre su autor se llama virtud. No es un premio

aleatorio o discrecional, sino necesario y fijo. Resulta forzosamente de la retroalimentación de un sujeto por sus actos. El hecho inaudito de hacerse haciendo permite ver al hombre como el ser beneficiario, o como la víctima, de su propia actividad. El beneficio, la virtud, robustece y refuerza su naturaleza hasta extremos increíbles. Da a la libertad alas alígeras para acometer lo que parece imposible: olvidarse de sí por el otro. La misma etimología de la palabra alude a fuerza. El diccionario recuerda el sentido originario cuando la define como “actividad o fuerza de las cosas para producir o causar sus efectos”. La Divina Comedia, “el libro más justificable y más firme de todas las literaturas”, según Borges, conserva el significado de virtud como fuerza, valor y vigor. En el canto XVII del purgatorio, verso 53, se dice: “così la mia virtù quivi mancava” (“así mis facultades allí faltaban”). Y en el 73: “O virtù mia, perchè sí ti dilegue” (“¡Oh fuerzas mías! ¿Por qué así me abandonáis?”). La etimología, el diccionario y La Divina Comedia dan en el blanco.

No hay acción humana que se sustraiga a ese doble efecto y menos que ninguna la responsable y comprometida llamada acto médico. La buena praxis médica favorece al enfermo y hace al médico buen médico; la mala perjudica a aquél y desacredita a éste. Esta inevitable consecuencia confiere al acto médico una honda gravedad. El destinatario y la situación en la que se encuentra, alguien doliente quebrantado por el sufrimiento, son su finalidad y única preocupación. La persona y su dolor son los imponentes márgenes entre los que ha de moverse la praxis médica.

2

El dolor, dice Edgar A. Poe, es *a gradual wasting away of the person, una lenta extenuación de la persona* y ha acompañado al hombre desde el instante que puso su pie en la tierra. Ninguna época, ni la fabulosa edad de oro urdida por los poetas, ni el paraíso en la tierra de Marx, ni *La ciudad del sol de Campanella*, se ha visto libre de él. H estado siempre en la historia. Los intentos de indicar cuándo apareció, de señalar el momento en que irrumpió en el tiempo o de situar su origen histórico, desde el mito de Pandora a la idea russoniana de un estado de naturaleza libre de padecimientos, han resultado baldíos. No hay historia sin dolor. La ciencia histórica ensancha la dimensión del pasado y ha escrutado sus remotos confines, pero no ha dado jamás con un periodo feliz en que estuviera ausente el filo de su aguijón. La ausencia de sufrimiento corresponde a la Ante-historia, a lo que en lenguaje teológico se llama Paraíso. Aquí, en la tierra y en la historia, su enojosa compañía es pertinaz y ha obligado a los hombres a hacerle frente. El dolor es una esfinge, un misterio en el camino que interpela e incita a averiguar qué es. De dos formas, ni contradictorias ni enfrentadas entre sí, se ha afrontado el reto: descubrir su sentido y eliminarlo. A José Hierro, el poeta español de la posguerra, le interesa lo primero. Así lo manifiesta en acendrados endecasílabos: Llegué por dolor a la

alegría./ Supe por el dolor que el alma existe./ Por el dolor allá en mi reino triste/ un misterioso sol amanecía. Una honda experiencia vital le procura la prueba acerca de su sentido existencial. Algo parecido le ocurre a Dostoievski. “El gran misterio de la vida humana, dice en Los hermanos Karamazov, hace que el dolor pasado se vaya trocando poco a poco en una dulce y conmovedora alegría”. Es la concepción redentora del dolor. “El dolor todo lo engrandece”, confiesa Balzac en Las ilusiones perdidas, y el gran Baudelaire sobrepuja la idea en este espléndido alejandrino: “Yo sé que es el dolor la nobleza suprema” (“je sais que la douleur est la noblesse unique”). No son estos casos aislados. Ya los griegos señalaron su valor pedagógico. Es el sufrir para comprender de Esquilo. “El (Zeus), dice en *Agamenón*, ha abierto el camino al conocimiento de los mortales mediante esta ley: por el dolor a la sabiduría”. Martín Heidegger y el cristianismo, en planos distintos, el filosófico y el trascendente respectivamente, han tratado, así mismo, de desentrañar el misterio del sentido del dolor. Creo que el cristianismo acierta. El dolor sólo tiene sentido si no es, si no posee la última palabra: si Alguien ha cargado sobre sí el de todos.

La actitud médica es distinta. Más que a descifrar su significado, se aplica a eliminarlo y a mitigarlo. La medicina es el quehacer humano volcado en remediar el dolor. Lo considera una agresión de la que hay que librar al hombre o un padecimiento del que ha de ser curado. La racionalización y especialización modernas le han permitido aliviar dolores pertinaces en el pasado. Pero antes y ahora su designio principal es la curación. Lo que importa del dolor es exterminarlo. Curar es ante todo una dedicación. La lucha abnegada del médico no busca en primer lugar pensar el dolor, sino arrancarlo de raíz. Para ese fin bienhechor se sirve de vastos conocimientos. La medicina requiere mucha sabiduría y total consagración para ser ciencia y arte. Pero la armazón científica es para ella un medio instrumental, no el objetivo primero. No busca el saber por el saber, sino el saber para poder (curar). Los conocimientos que la acompañan son auxiliares: se encuentran al servicio de su misión de curar. La medicina cultiva el saber para sanar. Es una actitud humana ante el dolor.

3

Esa espléndida actitud, hecha de compasión y benevolencia, es la respuesta magnánima al grito de una persona. Ella es la que se encuentra hundida en el dolor, flagelada por sus golpes, y la que pide ser curada. El sufrimiento sacude los estratos profundos de la persona y nos hace ver su desvalimiento. La ayuda que reclama para alivio de su mal desplaza el interés del dolor doliente. La persona doliente es el blanco de la praxis médica y la razón más profunda de su seriedad. El acto médico apunta al único ser de este mundo que es fin en sí mismo. Por “*lo más cercano, lo más conmovedor, lo más singular*” (das Nächste, Erregenste, Eigenste) la tiene Thomas Mann, y Novalis añade que “en sus ojos reposa la eternidad” (in ihren Augen ruhte die

Ewigkeit). Ya el nombre insinúa su descollante altura. “Persona” deriva de “personare”, que significa resonar por todas partes, o sea, clamar para hacerse oír, como hacían los actores en el teatro griego a través de sus máscaras. La persona obliga a estar en permanente escucha para no desoír su inestimable voz. Es fundamento de la ética, eje sobre el que gira, y destinataria preferente de esa buena voluntad o amor universal llamado benevolencia. La persona representa la única novedad radical que acaece en la historia. Cada una aporta un ser único que invalida la inerte interpretación de la historia que propala la sentencia *nihil novum sub sole*. En las vastas extensiones del espacio sideral, y en las microscópicas del fascinante mundo subatómico, las cosas se suceden con la rutina fatal de siempre. Pero aquí, a nuestro lado, los hombres y mujeres con los que nos cruzamos en la calle a diario, encarnan lo nunca visto. Encumbrados o sencillos, pobres o ricos, humildes o poderosos, enfermos o sanos, y el hombre insignificante humillado por la vida, cuya entraña personal amó y describió genialmente Dostoievski, son novedades irrepetibles. La persona es alguien como no hay otro ni lo ha habido ni lo habrá. Y así será siempre, aunque la clonación fuera alguna vez la forma no amorosa de reproducción. Tal vez en un futuro mundo infeliz, el *Brave new world* fantaseado por Aldous Huxley, se pueda clonar el genoma de alguien, pero nunca se podrá “fotocopiar” su ser. Y eso es la persona: el ser de cada quién, lo irreductible en el hombre, cada ser humano impar –un alguien corporal la llamaba Julián Marias-, cuyo lugar único en el mundo se queda vacío para siempre cuando se va. La persona crea un ámbito de intimidad que atrae, como el imán, a cuanto la rodea. Los seres personales cooperan, dialogan, coexisten, se relacionan, se reúnen, colaboran, crean vínculos, desde los estrechos de la familia a los anchos de la sociedad. La persona es el ser con capacidad dialógica de congregar. En eso coincide con la belleza: la espléndida plenitud que convoca a su alrededor. La persona es bella, porque, como la belleza, reúne, convoca, reclama, llama, hace venir cerca.

Ocuparse, desvelarse o desvivirse por una persona humana desvencijada por el dolor confiere a la praxis médica su serena seriedad y su cuño de grandeza. Cuidar la naturaleza, proteger las especies o abogar por tratar a los animales sin crueldad, rehuendo caer en desmesuras animalistas como las de Peter Singer o Mosterín, es un deber moral. Cosas y animales son valiosos porque es valioso todo lo que existe. Pero nada lo es tanto como las personas. Las personas valen más y valen de otro modo. Su valor no depende de los servicios que presten, las ventajas que procuren, el provecho que reporten o las funciones que desempeñen. No valen por su utilidad, valen por ser. Cuando las queremos por sus propiedades, se lamenta Pascal, el amor se vuelve problemático. Desaparecerá cuando desaparezcan las propiedades, la belleza, poder, riqueza, por las que las amamos.

El valor incondicional que les corresponde se llama dignidad. En la mezquina atmósfera idólatra del dinero que nos ahoga, es difícil percibirla, porque el dinero es, dice con ironía el de

la Triste Figura, “el mejor cimiento y zanja del mundo”. Cuando todo es objeto de compraventa; cuando las obras cumbre del arte se tasan en dinero contante y sonante; cuando a la honradez y a la integridad se les pone precio, resulta extraña ña idea de que algo no lo tenga. Tal vez porque “conocemos el precio de todo y el valor de nada”, como dice Oscar Wilde, tendemos a igualar ambas magnitudes, sin caer en la cuenta como advirtiera Machado, de que sólo el necio confunde valor y precio. La dignidad nos libra de incurrir en tal confusión, pues señala la eminencia que conceden al hombre, no títulos, honores, riqueza o poder, sino su singular puesto en el mundo y exclusiva instalación en la realidad. La dignidad es el valor no venal de los seres personales. Ni se compra, ni se vende, ni se tasa en dinero, ni se expende en el mercado, ni cotiza en bolsa: no se rige por las leyes de la lógica económica. Toda persona es digna sin interrupción, desde la cuna a la tumba, no por las prestaciones que dé, la utilidad que reporte o el interés que devengue, sino por ser. Cualquier otro requisito la afrenta, ultraja, escarnece. Cuesta trabajo creer que se pueda llegar a barbaries así. Pero se llega. Cuando el utilitarismo, esa “depravación de los diplomáticos”, la llama Balzac, dice que se es persona mientras se pueda gozar y producir, la perpetra. Sin prestaciones lúdicas y productivas, sin rendir frutos gozosos para uno mismo ni producir bienes útiles en la incesante maquinaria económica, no se merece el rango de persona. Ni la dignidad ni el respeto de los derechos de que es titular. La mercantil manera de concebirla se apoya en este olvido: el valor sin precio ni contrapartidas de la dignidad que la adorna. La persona vale por sí misma.

4

Los perspicaces griegos, “la especie más lograda de hombres”, según Nietzsche, llamaban axiomas a ciertos principios lógicos evidentes de suyo. Los reputaban de muy valiosos y los tenían en alta estima. La estima que corresponde a los seres dignos, los axiomas reales, se llama respeto. Toda persona lo merece. “Necesidad indeclinable que enaltece y vigoriza”, lo llama Manuel Múgica Láinez. No puede eludirse, homenajea al que lo recibe y engrandece al que lo tributa. Kant lo tiene por “un sentimiento oriundo de la razón” y consiste en profesar rendida veneración a los seres personales. El respeto es el tributo del hombre al hombre. Cargos, instituciones, tribunas, títulos u honores deben ser enaltecidos como corresponde. Es justo reconocer los méritos y encarecerlos dondequiera que se encuentren. Pero el mérito de méritos es este mundo es der un fin en sí mismo, nunca mero medio. Y eso sólo las personas. Ellas son portadoras, antes que sabios y reyes, del valor inmarcesible de la dignidad, la cual infunde respeto. De él mana, como el agua del venero o la claridad del seno del alba, la atención, circunspección, miramiento y efusión de la praxis médica. No es raro que su eficacia supere la de los fármacos. Así lo confirma un enfermo egregio. Durante los años de deportación en las crudas soledades de Siberia, narrados con dolor y temblor en *Apuntes de la casa muerta*, Fiódor Dostoievski pasó alguna vez por el hospital, un barracón inhóspito mísero de medios, donde

experimentó en sus propias carnes la eficacia terapéutica de una praxis médica volcada en la persona. “El amor al prójimo, la afabilidad, la fraterna compasión por el enfermo, dice el ruso genial, son a veces más necesarios que todos los medicamentos”.

La persona es digna y hay que tributarle respeto sin condiciones. Ninguna queda fuera del abrazo acogedor y hospitalario de la dignidad. Pero a la enferma, quebrantada y en situación de fragilidad, se le ha de tributar espléndidamente. El dolor desentumece las regiones mas hondas de la persona, despierta las embotadas, acorchadas o dormidas y las reintegra a su ser. El sufrimiento congrega la totalidad humana anegada en aflicción, y la Bioética, la fámula solícita de la existencia en apuros, nació para que sus zarpazos, que antes o después vendrán, se eviten o alivien sin menoscabo de la persona. Esa soberbia misión, sacarla del sufrimiento velando por mantener su dignidad inviolada, confiere a la praxis médica un admirable cuño de grandeza. Cura el dolor y “salva” a la persona